



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9645

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

MARTES 26 DE DICIEMBRE DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

**M. LEONIE BROUTIN.**  
Modista de Sombreros de París  
Llegará en la próxima semana  
PLAZA DEL REY, 16, PRINCIPAL.

**MUSEO COMERCIAL.**  
EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA  
EN COMISION DE PRODUCTOS  
INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados. Azufradores para la vid. Taponadoras. Ingertadoras. Bombas. Norias. Muebles para jardín. Jirones. Guantes insecticida. Herramienta completa para la agricultura.

Minas y Carbón: Máquinas y aparatos de vapor. Bombas. Vías férreas. Wagones. Tuberias. Tornillaje. Cubas. Cables. Deshidratante. Manufacturas de caucho y amianto. Crisoles. Caudales. Barrenas. Picos. Legones. Etc. etc.

Construcción: Chimeneas, escaleras y demás manufacturas de mármol. Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes. Mosáicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial. Ladrillo hueco, teja plana, balaustres, remates y jarrones de barro cocido. Papeles pintados. Mayolico, etc. etc.

Mobiliario: Sillas. Comodas. Mesas. Candeleros. Espejos. Estufas. Cajas de escritorio. Escritorios, etc., etc.  
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

LABORACION EN SU TALLER

A estas horas, ¿cuántas visiones desvanecidas! ¡Cuántas esperanzas muertas! Puede afirmarse que no hay un hombre en la lotería. Todo el mundo pasa el año pensando más ó menos, pero pensando, al fin, en la lotería de Navidad. ¡Tres millones de pesetas, ó 12 millones de reales ó trescientos mil millones de céntimos son tantos millones! ¡Se pueden hacer tantas cosas con ellos! ¡Se puede salir de tantos apuros, y pagar tantas deudas, o que las tengas, ó contraer tantas otras al que no haya disfrutado de crédito! ¡Oh! con esa cifra muchas familias, casi todas, se conceptuarían felices, dichosísimas. Muchos señores graves tornaríanse en calaveras y muchas muchachas humildes y honestas haríanse orgullosas y provocativas. Pero han venido á tierra todas nuestras ilusiones, porque quién más, quien menos, todos soñábamos con el premio grande. Pero un reducido número de personas son los que poseen el billete número 31.892. Los demás españoles nos quedamos como quién ve visiones.

Se declama mucho contra la lotería. Se dice que es un juego de azar, ó de azahar, como decía un erudito, y por tanto inadmisibles. Pero es lo cierto, que las personas de más limpia conciencia y hasta algunas asociaciones religiosas jue-

gan á la lotería. ¿Porqué? La explicación es fácil. Es la lotería un juego tan inmoral como otro cualquiera, pero el jugador no vé la inmoralidad á simple vista. En un casino, en cualquier oficio vicioso, el que gana sabe que el dinero que el banqueo le entrega, es del punto de enfrente al punto de al lado. Y esto produce un remordimiento en el jugador. La lotería es una cosa de naturaleza invisible y los que apuntan son desconocidos. El que gana cobra del Estado sin advertir que el tesoro no saca el dinero de sus cajas, si no del bolsillo de los demás jugadores. Y nada hay más grato en España que cobrar del Estado. Por eso, las almas tiernas y los corazones pusilánimes no juzgan pecaminoso jugar á la lotería; por eso hay quienes aplican parte de lo que ganan á obras piadosas y el dinero que de la lotería procede, es admitido sin que su entrega signifique restitución ni pecado.

Dedúcese de esto que la lotería como todos los juegos es mala y es buena. Es buena para el que le toca y mala para el que pierde. Esto es decir á ustedes que, bajo este concepto, á mí me parece malísima.

CALIXTO BALLESTEROS

## FRIJO

(COLABORACION INEDITA.)

El señor marqués abandonó mucho más temprano que de costumbre los salones del Club. Uno de sus amigos al ver que se dirigía al guardarrop, sonrió piadosamente y le dijo en voz alta: —Oye, Alberto ¿es rubia ó morena? El interpelado volvió la cabeza y mientras ajustaban á su cuerpo el hermoso gabán de pieles miró de hito en hito al preguntón y exclamó al cabo de algunos segundos:



—No comprendo. Lanzó el otro una estrepitosa carcajada.

—Pregunto, que si es morena ó rubia la mujer que esta noche te impide cenar con tus buenos amigos.

El marqués hizo un gesto desdenoso apenas perceptible y contestó abrochándose el gabán:

—Me voy á mi casa, tengo mucho frío.

Y un fuerte estremecimiento demostrativo de sus últimas palabras agitó su cuerpo, en el instante en que atravesaba el dintel de la puerta, cuya mampara sostenía un criado, á la vez que arqueaba la espina dorsal de un modo inverosímil.

El íntimo amigo del aristócrata soltó otra carcajada y encaminose al salón más próximo; donde á falta de asuntos de mayor importancia, púsose á discusión en un numeroso grupo de desocupados, la repentina salida de Alberto de

Peñarros y la disculpa con que había tratado de justificarla. Convinieron todos en que la preocupación de Alberto en los últimos días, era el prólogo de una nueva é interesante historia amorosa.

Y después de convenir en esto, pasaron á discutir si sería morena ó rubia la heroína.

El vizconde de Malvañor pidió la palabra para sostener que era morena y, entre otros argumentos expuso el siguiente, no sin declarar antes con su habitual modestia que lo consideraba irrefutable.

—Es morena, señores, porque únicamente pensando en el calor tropical que los ojos de una morena despiden, ha podido el marqués sentir frío en un sitio como este, donde las alfombras y tubos de calefacción mantienen una temperatura constante de veinticinco grados bajo cero.... Pero como los soles que adornan el rostro de una morenita dan un calor mínimo de cuarenta grados....

Hubo grandes risas y palmoteos. ¡Cuidado que era ingenioso el conde de Malvañor!

El señor marqués dijo la verdad. Eran las once y veinticinco minutos cuando salió del Club.

A las once y cuarenta estaba en el gabinete de un magnífico hotel del barrio de París.

Sin permitir que su ayuda de cámara le despojara del gabán se sentó, mejor dicho se dejó caer sobre una *chaise longue*, colocada por orden suya cerca, muy cerca de la chimenea, en la que se consumían algunos troncos, y respondió moriendo la cabeza á uno y otro lado á las diversas preguntas que su servidor le hacia con voz hipócritamente cariñosa.

—¿El señor va á tomar alguna cosa?... ¿Se siente mal el señor?... ¿Quiere el señor que vaya en busca del médico?... ¿Desea el señor?...

El señor, cansado de hacer signos de negativos, exclamó con acento duro:



—Echa ahí más leña, mucha leña y vete á dormir. No te necesito para nada.

Fue obedecido por el lacón sirviente, que se alegró muchísimo de que á su amo le hubiera dado la chifladura por recogerse tres horas antes que de costumbre y por prescindir en absoluto de sus buenos servicios.

Y cuando el señor marqués se quedó solo acurrucado en el cómodo mueble á una distancia de cinco ó seis pliegadas de las planchas metálicas por debajo de las cuales se precipitaba el aire templado de la habitación, estableciendo la corriente necesaria para la pronta combustión de los leños, murmuró con voz temblorosa á la vez que su cuerpo se estremecía y castañeteaban sus dientes... ¡Qué frío tan horrible!

Si, era horrible el frío; pero no en la lujosa estancia cuyo suelo hallábase cubierto por riquísima alfombra en la que se hundían los pies y cuyos huecos estaban ocultos tras de pesados cortinones.

El frío era horrible, pero no allí, sino en la calle y en las humildes y destar-

taladas viviendas de los que nada tienen que agradecer á la Diosa Fortuna.

Silbaba el viento en la chimenea, y azotaba la lluvia los cristales en aquella noche del mes de diciembre y el señor marqués inmóvil, silencioso, parecía estar escuchando débiles gritos angustiados que llegaban hasta él entre el ruido del viento y de la lluvia.

Su inmovilidad y su silencio eran interrumpidos de vez en cuando por una sacudida nerviosa y por las consabidas palabras dichas á media voz:

—¡Qué frío tan horrible! Cuando el reloj señaló las doce y cuarto incorporóse, elevó las planchas de la chimenea dejando al descubierto tres grandes trozos de encina que ardían sobre un montón de rescoldo, y tanto se



acercó al fuego que las inquietas llamas llegaron á lamer la piel de nutria de su magnífico gabán.

Y sin embargo, no cesó de estremecerse ni de quejarse del frío.

Su mirada seguía con atención, con curiosidad las brillantes chispas que al resbalarse un leño brotaban, á centenares y ascendían rápidamente apagándose y perdiéndose en el cañón de la chimenea.

Evocaba su imaginación recuerdos dolorosos ó presagiaba tristezas y amarguras?

De todo había en las meditaciones del Sr. Marqués. Pasaba éste revista á los principales acontecimientos de su vida de soltero impenitente, rico y calaverón, y se preguntaba si esa vida que abarcaba un período de veinte años y que á los cuarenta de edad le había hecho rebasar la línea que separa el cansancio del tedio seguiría desliziándose por el mismo cauce hasta que la materia quedase inanimada.

El pasado le ofrecía variadísima colección de cuadros en que la vanidad satisfecha, el placer de los sentidos y el insaciable afán de goces nuevos y mayores figuraban en primer término.

Y el señor Marqués, mirando al pasado, sentía escalofríos más intensos de los que le obligaron á retirarse á su casa abandonando los salones del Club.

El porvenir le brindaba con dichas enteramente iguales á las que saboreó en los últimos veinte años, con dichas que todo el que tenga oro en abundancia puede adquirir en el mercado social, y el señor Marqués, al pensar en el porvenir, sentía algo así como si la sangre se le congelara en las venas.

En vano avivaba la lumbrera añadiendo trozos de resaca encina y removiéndola sin cesar con la larga paleta de bronce; en vano apretaba los brazos contra el cuerpo y ajustaba á éste con toda su fuerza las suaves y calientes pieles del ancho gabán. A cada tentativa hecha para encontrar calorico seguían los estremecimientos y las quejas.

—¡Qué frío tan horrible!

¡Pobre Marqués! Veinte años de locuras, de placeres ficticios, comprados á peso de oro, de impresiones fuertes y momentáneas parecidas en lo fugaces y en la brillantez á las chispas que se desprendían de la leña en combustión, vein-

te años de soltero, huérfano, rico y calavera, habían ido apagando todo el calor de su alma, arrojándola al fin en las heladas estepas del excecpticismo.

¡Oh, sí, el frío que sentía era horrible, frío moral, frío del espíritu, frío contra el cual de nada sirven las alfombras, los cortinones, las chimeneas encendidas!... frío del que sólo pueden librarse los que tienen madre cariñosa, esposa amantísima é hijos idolatrados, que alimenten la hoguera de la felicidad con constantes pruebas de cariño desinteresado y eterno.



14 Diciembre 93. TOMAS CAMACHO.

## COMUNICADO

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Mi querido amigo: Ruego á V. se sirva insertar en su apreciable periódico la siguiente carta, que con esta fecha dirijo al Sr. Director del periódico *El Mediterráneo*.

De V. siempre buen amigo,  
Ramón Laymón.

Murcia 23 Diciembre 1893.

Acabo de leer en su periódico, en el número correspondiente al 22 del actual, un suelto que copia parte de una correspondencia de Madrid, para mí hasta hoy desconocida, publicada en el *Diario de Murcia*, en la cual, el que V. llama activo y diligente corresponsal—y yo podría añadir mal informado—habla de la extrañeza que ha causado en Madrid, el que yo, único diputado liberal en la comisión provincial, haya dejado pasar el acuerdo de ésta, anulando las elecciones municipales de Cartagena, sin formular voto particular, en contra de dicho acuerdo.

Ni la extrañeza del corresponsal diligente, ni la que V. muestra en los comentarios que añade á los párrafos de la correspondencia que copia, tienen el más ligero fundamento.

Con decir que el expediente de las elecciones de Cartagena, no se ha visto hasta la tarde de ayer, y que yo, formulé en el acto voto particular contra el acuerdo de la mayoría de la comisión, votando su nulidad, propuesta por la oposición, caen por su base todas las apreciaciones del activo corresponsal, cuyos adelantados informes y juicios, no han podido estar, como verá V., más distantes de la realidad de los hechos.

Yo procuro no tener necesidad de excitaciones de nadie, para cumplir con mis deberes, y en esta ocasión, supongo que estará V. perfectamente convencido por lo expuesto, de la inutilidad de esas extrañezas que V. acoge; publicándolas y robusteciéndolas con los comentarios que les dedica en su apreciable periódico.

Ruego á V. de publicidad á esta carta si á bien le tiene, y con anticipadas gracias, se ofrece de V. atento amigo, R. L. q. b. s. m.,

Ramón Laymón.